

EMILIO KOMAR Y SU LECTURA DE SANTO TOMÁS

Hacia la década de 1980, el Dr. Emilio Komar¹ hacía llegar a sus discípulos una hoja manuscrita que llevaba por título “Siete propuestas tomistas”. Eran siete consejos para abordar el pensamiento y la enseñanza de Santo Tomás. No habían surgido sólo de una noche de trabajo: él mismo los había respetado durante muchos años, y había llegado a un punto de maduración en el que podía resumirlos y proponerlos a sus discípulos. Detrás de cada propuesta se puede leer, aunque implícito, un diagnóstico sobre las razones de la crisis del tomismo en la última etapa del siglo XX, que tanto le dolía y preocupaba. En este trabajo las leeremos procurando aportar algunas reflexiones que ayuden a comprenderlas un poco mejor, y las repondremos como lineamientos que pueden ser útiles para el desafío, que nos mueve a todos los presentes, de impulsar un renacimiento de los estudios tomistas en nuestro tiempo.

1. La primera dice: *hacer querer a Santo Tomás*. El amor atrae nuestra mirada hacia el objeto, *ubi amor ibi oculus*.² Y este “ojo” impulsado por el amor genera el círculo virtuoso: mayor amor lleva a mejor conocimiento, y mejor conocimiento engendra mayor amor. La pasión contraria, el odio, nos aleja. Komar había tenido experiencia, como muchos de nosotros, de este odio a Tomás, y había meditado sobre él. En algunos casos resultaba comprensible y quizá inevitable, en cuanto brotaba de un profundo desacuerdo con aquella Verdad a la que el santo obedecía lúcida y firmemente en cada instante de su intensa actividad contemplativa. Pero en otros casos, especialmente entre los propios católicos, el odio estaba causado no tanto por los contenidos, ni siquiera por las formas de su pensamiento, que a lo sumo podían generar cierto rechazo por falta de afinidad fundamental; sino por una manera de enseñarlo que no acerca, sino que aleja. Que no nos abre el corazón ni el intelecto hacia él, sino a lo sumo la *ratio* discursiva, que librada a sí misma puede resultar muy seca y árida.

Tomar una fórmula de Tomás: por ejemplo, *ipsa actualitas rei est quoddam lumen ipsius*³, y mostrar su belleza a los jóvenes ávidos de aprehender la luminosidad desbordante del ser. O hacer ver las múltiples implicancias de este principio a legos no preparados en la especialidad: médicos, psicólogos, empresarios, o simples amas de casa..., esto era hacer querer a Tomás, y es lo que muchos de nosotros experimentamos a través de su enseñanza.

2. La segunda es consecuencia de la anterior: *No imponerlo jamás*. Y agrega: *Esto implica la ausencia de toda ‘voluntad de poder intelectual’ en su enseñanza. Tanto la ‘voluntad de*

¹ Emilio Komar fue un importante profesor emigrado de Eslovenia a la Argentina en 1947. Gran estudioso de la filosofía clásica y moderna, tuvo cátedras en diversas instituciones de la Ciudad de Buenos Aires entre 1950 y 2000, destacándose su enseñanza como profesor de Historia de la Filosofía Moderna y de Ética en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Católica Argentina, donde tuvimos el privilegio de ser sus discípulos desde el inicio de nuestras carreras de grado, conservando esta condición hasta su muerte, el 20 de enero de 2006.

² In III Sent., d. 35, q. I. art. II, sol. I ad primam quaest.

³ In librum de causis, lectio 6.

poder intelectual' en sus formas directas como en las indirectas, más 'políticas' y 'diplomáticas', pero no menos impropias. Escuchemos en este contexto a un admirador no tomista de Tomás, Romano Guardini, cuando describe con finas palabras a quien se acerca al otro con la intención de lograr algo determinado de él: *Ante él uno se siente avisado. Hay que ser cauto. Se presiente su voluntad y se echa uno atrás. No llega a establecerse la libre comunicación en que se realiza lo auténtico de las relaciones humanas (...) Cuanto más trata uno de alcanzar, más firmemente se concentra el otro y se defiende. Pero cuanto más evidentemente tiene la sensación de que no se le quiere empujar a nada, sino sólo estar y vivir con él, de que no se quiere alcanzar nada de él, sino sólo servir a la cosa de que se trata, más prontamente abandona la defensa y se abre a lo que influye desde la personalidad.*⁴ Llevado a nuestro tema: si alguien nos enseña a Santo Tomás con alguna intención más o menos disimulada, por ejemplo, de convencernos, puede generar en espíritus inclinados a la libertad de la contemplación esta reacción defensiva. “Sólo servir a la cosa de que se trata” significa aquí: gustar y gozar a Santo Tomás, y transmitirlo con el mismo gusto y gozo, de tal manera que el oyente pueda participar de la misma experiencia, en la misma libertad. Komar nos ayudó a vivir esa libertad, y con ella nos abrió a ese gozo.

3. Desde este lugar se entiende la tercera propuesta: *ver bien la verdad que él ve y, a su vez, hacerla ver. Esto quiere decir vivir plenamente la primacía de la contemplación, que es inseparable de la actitud realista, esto es, del contacto nutricional con lo que de veras existe.*

Para cristal te quiero, nítida y clara eres, para mirar al mundo a través de ti puro, dice el poeta Pedro Salinas a una amiga, y Komar a Tomás, y a todo otro maestro humano, aunque en menor medida porque ningún otro tiene la claridad y nitidez de este santo. Tomás no es una superficie opaca que permite que se vea sólo ella misma, ni un mero espejo en el que nos reflejamos nosotros mismos y nuestras convicciones preexistentes. Es un “cristal” porque nos permite ver a su través la verdad que él ve. El fruto de esta experiencia es que la enseñanza se vuelve naturalmente un *contemplata tradere*, un mostrar, un *hacer ver*.⁵ Esto explica la incansable insistencia de Komar en la *primacía de la teoría*, clave tanto del estudio como de la enseñanza, de Tomás y de toda la filosofía, y aún de las ciencias puras y hasta de la vida práctica. Primacía que no se refiere a la superioridad de un estado de vida sobre otros, sino a una actitud ante la realidad creada, que se hace extensiva hacia el pensamiento de aquellos hombres y mujeres que se esforzaron por aprehenderla con conceptos y fórmulas siempre necesarios y siempre imperfectos, porque desbordados por la realidad misma.

⁴ *Una ética para nuestro tiempo*, Guadarrama, Madrid 1964 p. 79-80.

⁵ Como explicaba muy bien el Dr. Joaquín Migliore en su trabajo *Ser maestro*, en el homenaje a Komar que tuvo lugar en 1999, “Vida llena de Sentido”, Fundación BankBoston, Buenos Aires 1999, p. 211 y ss.

No se niega el legítimo lugar de la praxis, subordinada a la visión de lo real y de su orden, sino la *primacía* de la praxis a la que subyace una voluntad de poder. Era uno de los peligros de un enfoque que no compartía, como resulta de su conferencia en esta facultad para el séptimo centenario, en 1974: el de transformar al tomismo en una ideología.

La primacía de la praxis es coherente con el ateísmo, como sus estudios sobre el marxismo le habían enseñado. Si la realidad es mero material, lo que se impone es una praxis no subordinada a ninguna *teoría*, a ninguna contemplación: en el principio no está el *lógos*, sino *la acción*, como dice Goethe⁶. Pero si la realidad es creación, si hay una *veritas rerum* inscripta en las cosas por el pensamiento divino, como leemos en *De Veritate*,⁷ se impone el ver antes de actuar, y el dirigir nuestra acción por esa visión. Como en tantos otros, en este tema Tomás era “maestro seguro”, especialmente a través de su tratado sobre la prudencia, cuyas profundas diferencias con la prudencia racionalista de Wolff Komar había estudiado.

Esta primacía, nos dice, es inseparable de la *actitud realista*. El realismo es más que una doctrina, es más que una filosofía, es una actitud vital ante lo real, que puede existir como actitud natural incluso en un alma no creyente; que quizá no cultivemos aunque seamos “tomistas”, pero que podemos adquirir intencional y progresivamente a partir de la convicción de que el mundo es un orden sabiamente creado, de modo que busquemos en las cosas mismas, con la ayuda del maestro, las respuestas a nuestras preguntas. Esta actitud es definida aquí como un *contacto nutricio con lo que de veras existe*. Lo real, el ente, que es uno, verdadero, bueno, bello... es también *alimento* para la vida del espíritu, siempre que nos relacionemos con él mediante ese contacto, esa atención, esa obediencia, esa admiración inseparables de la actitud contemplativa de la que Santo Tomás es ejemplo vivo.

4. En la cuarta propuesta el pensamiento se desplaza hacia otros filósofos, aún adversarios: *esto dispone a “hacerse otro en cuanto otro” (fieri alud in quantum aliud)*. Y el que se hace otro en cuanto otro, también puede descubrir las razones que están en el otro punto de vista y se halla en condiciones óptimas de encontrar el lenguaje que al otro le llega. Es la actitud de apertura que Tomás practicó permanentemente hacia las diversas tradiciones que llegaron a su mesa: la de los comentaristas árabes, la de los filósofos judíos, y no sólo las de los amados padres griegos y latinos, y los maestros cristianos de la escolástica precedente. Si la verdad está en las cosas, entonces es imposible que ella no se encuentre aunque sea de manera parcial, incompleta y expresada en diferente terminología, en todo testigo honesto de las mismas: *impossibile est esse aliquam cognitionem quae totaliter sit falsa, absque admixtione alicuius veritatis*.⁸ Los mismos paganos actuaban, dice Tomás, *quasi ab ipsa veritate coacti*.⁹

⁶ Fausto, 1ª Parte, escena III.

⁷ Puede verse principalmente Q. D. De Veritate, q. 1 art. 4 resp.

⁸ S. Th. II-II, q. 172 a. 6 c.

Es la *praepotentia veritatis*: la verdad es poderosa, y por esta razón debemos escuchar a todos y discernir. Y lo mismo sucede, nos dice Komar, con muchos modernos y contemporáneos a los que dedicó su tiempo para encontrar en ellos, con peculiar disfrute, muchas piedras preciosas surgidas *in partibus infidelium*. Y si debemos responder al otro, nos enseña, será desde una empatía que nos permita descubrir sus razones, para alcanzar aquellas “condiciones óptimas” que nos ayudarán a encontrar un lenguaje que le llegue.

5. La quinta propuesta se halla en rigurosa continuidad con la cuarta: *De allí que se hace factible el diálogo benévolo, en el cual se plantean las preguntas y se formulan las respuestas “sin envidia” según dice Platón (carta VII, 344 B-C). Un diálogo distinto no serviría a revelar mejor la verdad.* Estas dos propuestas, el abrirse al otro y el diálogo con él, como todas las anteriores, viven y se alimentan de un amor común, que es “el amor por la verdad”, pasión que mueve toda vida intelectual genuina. Para entender esta propuesta a fondo es importante tener presente un artículo anterior del Dr. Komar publicado en la revista Criterio en 1956, “La formación intelectual”. Allí plantea la importancia de una cierta ascesis de la vida intelectual que gira en torno a esa pureza de intención primaria. La misma intención que movía a Santo Tomás y definía sus relaciones con su horizonte cultural, debe animar nuestro diálogo contemporáneo. Y si es así, entonces se despliega el *ordo amoris*, la virtud correspondiente a la vida intelectual. Pues el verdadero diálogo es un gesto de justicia, escuchar al otro con la disposición a reconocer la semilla de verdad que su pensamiento puede albergar; y es también un gesto de fortaleza, pues implica la disposición a someter el propio pensamiento a las preguntas y objeciones que pudieran plantearse. La mala costumbre de monologar, afirmaba Komar, es un signo de debilidad intelectual que revela un escaso amor a la verdad. Quien monologa teme que alguna de sus «posesiones» le sea arrebatada en el diálogo. No le interesa la verdad en sí, sino usar la doctrina sólo como un muro protector que le ofrezca algún tipo de seguridad. Lo mueve más bien aquella *voluntad de poder intelectual*. La apertura al diálogo implica una gran confianza en la verdad de las cosas. Los otros pueden poner de manifiesto los puntos débiles de mi pensamiento y ayudarme entonces a profundizar o a rectificar mi punto de vista. De allí que esta tarea se lleve a cabo naturalmente *sin envidia*. Pues lo importante no soy yo y «mis posesiones» sino una verdad que me excede. ¿No ha sido Santo Tomás un maestro en este arte? ¿No se encuentran sus «cuestiones» precedidas por «todas» las posibles objeciones que habitan en su horizonte cultural?

Además, afirma Komar, el conocimiento tiene carácter dialógico desde su mismo principio, en cuanto *res naturalis inter duos intellectus constituta*.¹⁰ El objeto de conocimiento, sea una

⁹ S. Th. I, q. 9 a. 1 c.

¹⁰ Q. D. De Veritate, q. 1 art. 2 resp.

realidad natural o artificial, nunca es una mera “cosa”, ni una mera idea, sino el fruto de un pensamiento personal, sea de Dios creador o de un artífice humano, que habla a un contemplador que también es personal. El conocimiento lleva entonces inscrita la condición dialogal en su raíz misma. Es por razones metafísicas, sostiene, que las cosas *caen bajo la ley del diálogo que exige la apertura dócil, la atención y la benevolencia crítica*.¹¹

6. De esta manera se evitarían las *actitudes epigónicas*, dice la sexta propuesta. Y agrega: “Epígono” viene del verbo “epigígnomai”, que significa nacer al lado y no en el centro de algo, lo que, en cambio, expresa el verbo opuesto “engígnomai”. En nuestro caso se trata de nacer en el pensamiento genuino de Santo Tomás y, con ayuda de él, en el contacto vivificante con la verdad misma, y no en la periferia de un comentario filológico o de un saber libresco. Aquí se apunta al reproche de “incesantes comentarios” que suele hacerse al pensamiento escolástico. En los Apuntes filosóficos III justifica el hecho señalando que lo mismo sucede con otros grandes filósofos, como Platón o Kant.¹² Pero aquí se responde mejor a un serio peligro en el que puede caer el estudioso de Santo Tomás: el de quedar reducido a mero comentarista, o menos aún, a *comentarista de comentaristas*. A fin de evitarlo, nos dice, *se trata de nacer en el pensamiento genuino del santo*, apuntando a través de él siempre más allá, hacia el contacto vivificante con la verdad misma, de la cual es testigo privilegiado.

Es la actitud expresada con el verbo *engígnomai*. Para alcanzarla, lo primero es siempre estudiarlo *ex ipsis fontibus*, como recomienda León XIII, y nunca limitarnos a los manuales y exposiciones, entre las cuales Komar apreciaba, entre otras, las de Gilson, Pieper, Fabro y Aimé Forest. *La única salvación está en el retorno a Santo Tomás mismo, más allá de Juan de Santo Tomás, más allá de Cayetano mismo*, escribe Gilson a De Lubac, y Komar adhiere.¹³

Además, debemos evitar un uso de los textos de tipo cuasi jurídico, como si fueran normas establecidas que debemos acatar. El consejo es leerlos siempre como “ventanas a grandes horizontes” hacia los cuales orientar una mirada contemplativa y una meditación perseverante, dirigidas hacia la luz inherente a aquella realidad que el pasaje quiere revelar.

Finalmente agrega que debemos evitar otros dos peligros, que en nuestros tiempos acechan no solamente al tomismo: el de “la periferia de un comentario filológico” y el de un “saber libresco”. Esto nos lleva directamente a la última propuesta:

7. *O, dicho con otras palabras, practicar sin reticencias y con libertad interior la actitud especulativa, y no sucumbir al invadiente filologismo que por su dinamismo intrínseco suele*

¹¹ *Almus Thomas*, en Orden y misterio p. 28. El concepto de “benevolencia crítica” lo había aprendido Komar de su principal maestro en el pensamiento de Santo Tomás en Turín, el filósofo nacido en Argentina Carlo Mazzantini, una de cuyas frases preferidas al decir del discípulo era: *per essere benevolmente critici bisogna essere criticamente benevoli*.

¹² *Orden y Misterio*, Emecé-Fraternitas, Buenos Aires 1996 p. 95-96.

¹³ Epistolario con De Lubac, citado por H.U. Von Balthasar, *Le cardinal Henri de Lubac, L’homme et son oeuvre*, Paris, Le Sycomore 1983. Apunte manuscrito del Dr. Emilio Komar.

cerrar el acceso a los problemas que son realmente actuales. Practicar, según enseña el doctor angélico (en “*De Coelo et mundo*”, I, 22) la norma de que en la filosofía no interesa “lo que pensaron los hombres, sino cómo está la verdad de las cosas” (*quid homines senserint, sed qualiter se habet veritas rerum*). Este consejo nos alienta a no poner límites artificiales a la búsqueda especulativa, teórica, amplia, que intenta sumergirse en la inteligibilidad de lo real, para lo cual la obra de Santo Tomás nos sirve de puente fecundo. Komar gustaba repetir la oración de laudes *Visum fovendo contigat ne vanitates hauriat*. Que Dios “proteja mi vista agudizándola para que no absorba vanidades”. Proteger la vista significa hacerla fuerte en lo suyo. El que reza pide que su capacidad de contemplación no se detenga en lo accidental y superficial, sino que se dirija a lo esencial, a lo profundo. Una mirada excesivamente filológica o un deseo de saber orientado principalmente hacia la erudición libresca se quedan a medio camino, no captan el espíritu del *lógos* que habita en las palabras o en los textos, y condenan a muerte su capacidad vivificadora. La letra, las fórmulas,¹⁴ la obra escrita, cumplen su rol en la historia de la cultura cuando son conducentes a aquella carga de sentido que anida en lo real y que ha sido experimentada, comprendida y traducida en ellas por un testigo, en este caso uno tan especial como Tomás. Y quizás una de las tareas más importantes para el tomismo de este tiempo sea atravesar esas fórmulas para intentar revivir la experiencia que les dio origen, hacer propia la luz que ha iluminado a Santo Tomás en la medida de nuestras pobres capacidades, para luego traducirla a un lenguaje accesible al hombre contemporáneo. La tradición de un pensamiento mantiene vivo ese mismo pensamiento en la medida que lo hace carne y sangre para desde allí responder a la época que le toca vivir desde su horizonte de sentido, de modo antiguo y nuevo, dando testimonio de su actualidad. Eso era justamente lo que el Dr. Komar hacía en sus clases, viviendo y haciendo vivir a sus alumnos el pensamiento de Tomás mostrando cómo la verdad de sus tesis, aún las más abstractas o metafísicas, se podía comprobar en situaciones de todos los días o en las corrientes de pensamiento contemporáneas.

Cabe decir aquí una palabra sobre la actitud de nuestro maestro respecto de la terminología específica de Santo Tomás. Es innegable que apreciaba su claridad y concisión,¹⁵ pero no es menos cierto que la utilizaba con deliberada dosificación y con pedagógica paciencia para con sus oyentes no especializados. Era sin duda conciente de la necesidad de volver a mostrar su valor, pero también del peligro de utilizarla como un lenguaje reservado para especialistas, sin aclaraciones ni traducción alguna para el hombre actual. Un verdadero obstáculo para que Santo Tomás ejerza hoy su misión de maestro universal de la Iglesia, *doctor communis*.

¹⁴ Ver en los Apuntes filosóficos III la respuesta a la acusación de “formulismo”, *Orden y misterio* p. 94-95.

¹⁵ Ver al respecto la cita de E. Bloch, en *Orden y misterio*, p. 95.

* * *

Desarrolladas las siete propuestas, quisiéramos mencionar aquí a modo de conclusión tres rasgos de la lectura de Komar que nos parecen útiles para los tiempos que vienen:

1. Los grandes principios metafísicos, como el de sustancia, el de esencia y acto de ser, el de los trascendentales, el de participación, el de acto y potencia, son en la extraordinaria síntesis tomista totalmente convergentes entre sí, de manera que uno conduce orgánicamente hacia el otro. Más aún, vistos con mayor profundidad son como rayos que brotan de un primer principio que constituye, para Komar como para Chesterton y Josef Pieper, como el sol de todo el pensar tomasiano: lo que nuestro maestro solía denominar “visión creacionista”. “Tomás de Dios Creador”: con este título especial proponía Chesterton caracterizar al santo. Komar asumió con todo rigor este criterio en el plano de la razón natural y lo llevó hasta las últimas consecuencias en su propio filosofar, que no fue otra cosa que un extraer de manera permanente todo tipo de implicancias, para los diversos órdenes de la vida humana y para los múltiples problemas del hombre de nuestro tiempo, de esta gran premisa propia de todo el pensamiento cristiano, pero especialmente inspiradora del gran filósofo y teólogo de Aquino.

2. “El tiempo de los sistemas ha terminado”, sostuvo Komar en sus *Apuntes Filosóficos*.¹⁶ “Sistema” significa etimológicamente *com-posición*. Alude más a una construcción humana que a una visión teórica, y sus estudios sobre Hegel y el racionalismo moderno lo habían prevenido demasiado contra el peligro de la mentalidad de sistema. Sin negar el concepto totalmente aceptable de “sistema abierto”, este maestro subrayaba más gustoso el carácter *sinóptico* del pensamiento de Santo Tomás. “Sinopsis” significa visión de conjunto. Tras esta preferencia subyace la primacía del *intellectus*, una de las doctrinas tomasianas más decisivas en la orientación de su enseñanza. Según esta perspectiva, el desarrollo de todos los temas de las diferentes disciplinas particulares se inspira, como guía infalible, en aquellos grandes principios metafísicos, formando una gran visión en la que se refleja en alguna medida el orden de lo real. Esa contemplación de la unidad de lo real aportaría la clave de la notable pero no atávica, sino sumamente libre y natural *coherencia* que se observa en el conjunto del pensar tomasiano, que no nace ante todo de una precaución lógica sino del hecho de que siempre está mirando, desde distintos ángulos, hacia la misma realidad. La contemplación permanente de ese orden sería también la clave teórica de la fecundidad extraordinaria del pensar de Tomás, ya que de ella parecen brotarle, como de una fuente inagotable, las respuestas a las preguntas más difíciles que se plantean a su discurso filosófico y teológico.

3. Finalmente, estos mismos principios de la clásica metafísica del ser brindaron a Komar ciertas claves de lectura para orientarse en la historia del pensamiento filosófico, histórico-

¹⁶ *Orden y misterio*, p. 45.

cultural y político, moderno y contemporáneo. No es la verdad hija del tiempo, *veritas filia temporis*, como sostiene el historicismo, sino que las verdades eternas pueden explicar el tiempo histórico, *tempus filius veritatis*. Y esta tarea puede llevarse bastante más lejos de lo que el gran maestro medieval podría haber previsto dentro de los límites epocales de su filosofar. En este *pensar lo histórico a la luz de las verdades perennes* hay que señalar uno de los aportes más originales del Doctor Emilio Komar a la renovación tomista, a la que reprocha con dolor cierta insensibilidad para las cuestiones históricas e histórico-filosóficas.

Si tuviéramos que sugerir un texto que resumiera cabalmente la lectura que Emilio Komar llevara a cabo de la obra de Santo Tomás, seguramente deberíamos señalar su *Almus Thomas*, publicado en la revista *Universitas* para el séptimo centenario. Allí está dicho todo lo esencial con gran concisión, en cuatro carillas. Uniendo al santo con el pensador, se recuerda una oración en la que Tomás pide a Jesús Eucarístico: *praesta menti meae de te vivere*, haz que mi mente viva de ti. *El santo –agrega– pide a Jesús la gracia de que su mente pueda centrarse en la infinita Palabra de Dios y vivir de su abismal mensaje. Pero dentro de este significado sobrenatural se inscribe un significado más humilde, natural y filosófico (...) según el cual el santo pide a Jesús que su mente viva de la palabra creadora divina, presente en la verdad de las cosas, en la ‘veritas rerum’.*

Quizá fue porque Santo Tomás vivió en plenitud este permanente alimentarse de la Verdad divina, en Dios mismo y en sus creaturas, que mereció ser proclamado por Pío XI, muchos siglos después, nada menos que maestro común y universal de la Iglesia, *doctor communis et universalis*. Y seguramente por esto, el Dr. Emilio Komar, parafraseando unas palabras del papa justamente en la encíclica en la que lleva a cabo dicha proclamación, nos exhorta al final de aquellas cuatro carillas: “*¡Id a Tomás!, a Tomás que nos puede alimentar, que nos debe alimentar. ‘Almus Thomas’. ‘Almus’ del verbo ‘alere’ que significa alimentar, hacer vivir y hacer crecer. Por cierto no alimentar con lo suyo, sino con la verdad, con la profunda verdad, amada, buscada y vivida por él con un rigor y un fervor incomparables*”.¹⁷

Marisa Mosto y Alberto Berro

¹⁷ *Almus Thomas*, en el séptimo centenario de Santo Tomás de Aquino, “Orden y Misterio” p. 32; la Encíclica es *Studiorum duces*, del 29 de junio de 1923.